

Veintidós meses en dos reinos de Odín

Denzil Romero

(Fragmentos inéditos de la novela incompleta En el arco de la Estrella)

Dibujo de Tony Tong

1. El camino de los cisnes

Gracias a la buena Mnemosine y a su coro de musas, ¡Oh musas, iluminadme! habría invocado Homero, sigues, generalísimo, tratando de descifrar lo indecible; trazando, cual cartógrafo consumado, la geografía de lo sobrenatural. Cansado de los arrumacos seniles de la Gran Catalina y de sus cada vez mayores exigencias sexuales; hartos de las conspiraciones en tu contra adelantadas por el infame embajador español y su aliado el embajador francés, el no menos infame conde de Segur; convencido de que no sería con la ayuda de la emperatriz y de su acólito Potenkim, como alcanzarías a independizar a tus desgraciadas provincias americanas de la páfida opresión española; ávido por seguir leyendo y aprendiendo en las siempre bien abiertas páginas del Libro del Universo. O más brevemente: cansado, hartos, convencido y ávido, un día de septiembre cuando la entrada del otoño inclemente ya se aproximaba, te decidiste a abordar en Kronstadt la goleta sueca "Ana Carlota", rumbo a Estocolmo. Llevas a mano unos cuantos libros y un poderoso largavista. Hechos a la vela, con un viento fresco y favorable, atraviesas el Golfo de Finlandia. El muy amable capitán Hans Heuk te había cedido su camarote, y bien se podría pensar que la pasaste de lo mejor. Con la ayuda de los anteojos, ves a distancia la Torre de Reval y las embarcaciones que, al ancla, están en el puerto. Un tanto más allá, las costas estonias en la punta de Dagerort, y, pese a la mar gruesa, el tiempo lluvioso y la brumazón, ves también el sol todas las horas del día y de la noche puesto impertérrito sobre el horizonte, las increíbles noches blancas que ya habías tenido ocasión de admirar en San Petersburgo, sobre todo aquella del 21 de junio pasado (bien llamado "el día más largo del mundo") que recuerdas haber vivido insomne, maravillado, casi enloquecido de alegría, en el malecón de la margen izquierda del Neva, paseándote en compañía de señores y damas amigas, del Jardín de Verano al Campo de Marte, a la Plaza del Palacio, con el antiguo Ermitage, dominándola; ¡oh, increíble visión!, ¡aquella diversidad de fachadas, aquella simultaneidad de las partes salientes y hundidas, aquel profuso despliegue de formas curvilíneas, aquella exhibición exhaustiva de elementos decorativos y el magistral empleo de los dos colores, azul verdíneo o verde azulenco y blanco, tan bien dispuestos por el genial Barto-



lomeo Rastrelli!; y de allí, al edificio del antiguo Estado Mayor General con el Arco de Triunfo, y la formidable columna de Alejandro al frente, y más allá, el Edificio del antiguo Estado Mayor del Cuerpo de la Guardia, y el edificio del Almirantazgo con su abanico de bellísimas plazas circundantes; rodeados ustedes, generalísimo, por una turbamulta ibaviniente de jóvenes y viejos pasantes, parlanchines, eufóricos, festivos, e improvisados grupos musicales, y vendedores varios de nueces y panes con especias, pastelillos de pescado y todas clases de panqueques recién sacados de la sartén, repollo en salmuera, pepinos ácidos, pickles, hongos secos, cucuruchos de semillas de girasol y garbanzos salcochados, dulces los más insólitos, cervezas tibias y limonadas, confetti, serpentinas, papelillos, antifaces y mascarillas,

sombreritos y cofias de cintajos multicolores, tamboriles y panderetas, pitos, flautas de caña y matracas; amén de los bufos saltimbanquis, sacadores de suerte, echadores de cartas, jugadores de tabas, y maltrechos pedigüeños; ustedes, parándose no pocas veces, al borde mismo del malecón, apoyados sobre las barandas, para ver, estupefactos, como las agobiadas gaviotas se despescuezan contra las alas de los puentes levadizos: el anchísimo Azul, el más ancho de la ciudad, tanto que se le ve como una prolongación de la plaza de San Isaac; el Alejandro Nevski, de todos el más largo; el de Kírov, al frente de la fortaleza de Pedro y Pablo; el del Palacio; el de la Universidad, también llamado del Teniente Shmidt, y tantos y tantos otros; pero, ojo, generalísimo, cuídate de no quedarte viendo, per sécula seculorum, la mortandad de gaviotas despescuegadas; puede ser esa otra de las artimañas de la muerte procaz para pillarte desprevenido; mejor será que regreses a tu puesto, que te sitúes en tu lugar propio. No estabas a las orillas del Neva. No. No era en las orillas del Neva donde ahora estabas. Ahora, atravesabas el Golfo de Finlandia, camino de Estocolmo, y, con tu largavista, veías los boreales paisajes costaneros. Sigue viendo. Cuídate de seguir viendo, generalísimo: aquel pinar de explotación; estos troncos que flotan sobre la mar, a punto de ser recogidos para el embarque; más allá, una tundra de líquenes, zonas pantanosas con musgos, los limos de la tierra del poeta guayanés Sánchez Negrón, una colonia de abedules enanos, y varios rebaños de renos salvajes buscando cobijo en un bosque de altísimas coníferas. Ve, sigue viendo... Los abetos, las araucarias los alerces, los abedules, los campos de cebada, de mijo y centeno, y toda esa flora vigorosa, generalísimo, que el corto y abrasado estío desarrolla rápidamente bajo el influjo magnífico de la benéfica Herba, la diosa escandinava de la tierra. Ve el ganado lanar, las millaradas de ovejas paciando. Ve, sigue viendo...

Cansado, optas por regresar al camarote para descansar un rato. Tomas un libro de los varios que traes a la mano, un grueso libro empastado que compraste en una venta de libros usados de San Petersburgo, poco antes de salir. Se trata de las *Chroniques anglo-normandes*, *Recueil d'extraits et d'écrits relatifs à l'histoire de Normandie et d'Angleterre pendant les XI^e et XII^e siècles*, publié pour la première fois d'après les manuscrits de Londres, de Cambridge, de Douai, de Bruxelles et de Paris, par M. Francisque Michel, Ruán, 1736. No sales de tu asombro. Por él te enteras de los

2. Mitos y leyendas, eddas, sagas y costumbres de los antiguos normandos.

Morosamente, generalísimo, vas degustando la historia. Primero, como quien no quiere, te adentras en la geografía. Escandinavia es una vasta península del norte de Europa, unida al nordeste con la de Finlandia, dividida en toda su longitud por una cordillera de monta-

ñas, y cuyas costas están bañadas por los mares Glacial, del Norte y Báltico. Toma su nombre de la Escania, nombre de la parte más meridional de la Suecia, única que conocían los romanos; el sitio, ¿recuerdas? de donde tu amigo Haydn hacía traer los arenques, gigantes que te sirvió en el palacio de Estherhazy. Al mediodía se abre como para abrazar a su opuesta península finlandensa. Primero, fue habitada por los Cimbros, luego por los Jubos, y se junta, por medio del Schleswig al Holstein y al Lauenburgo, residencias de los Anglos, que la unen a la Germania. En las partes más inmediatas al polo, en el verano, el sol se mantiene todo el tiempo por encima de la línea del horizonte y se da ese fenómeno imponderable de las noches blancas del cual ya hablaste in extenso...

Luego, el libraco estupendo te va deshilvanando la historia propiamente dicha... Te cuenta que se atribuye a Odín haber guiado hacia el Báltico a los Germanos, que formaron allí los pueblos conocidos después con los nombres de Noruegos, Suecos y Daneses. Mezcláronse los nuevos pueblos con los indígenas; los Godos, que se habían fijado en las islas, con el aporte germano dieron a luz a los Danos; la población de Jutland, la más antigua en aquel territorio, engendró a aquellos Sajones y Anglios que conquistaron la Gran Bretaña. Las mezclas de Teutones y Escandinavos se conocen bastante en los puntos meridionales, y en la Suecia se conservó por largo tiempo la distinción entre Suecos y Godos, como razas diferentes: conquistadora y vencida.

Una antiquísima saga cuenta que, habiendo invitado Thor, jefe poderosísimo de tribus y sacerdote de bien ganada fama, que residía en las cercanías del golfo de Botnia, a sus hijos para que concurrieran a un sacrificio solemne, se presentaron Nor y Gor, pero sin la muy bella hermana Goa. Ambos, salieron a buscarla. El primero, el temerario Nor, cruzó los montes y halló una inmensa llanura y un pueblo hartamente belicoso, mandado por Rolf de la Montaña, raptor de la muchacha; pero conociendo su poder, no se atrevió a hacerle frente, y dejó a la bella hermana en sus manos, continuando su viaje, en el cual descubrió el país situado entre los Alpes Dofrinos y el Océano, al cual llamó Norveg, esto es el Viaje de Nor.

Monsieur Michel te sigue contando que las selvas y los muchos lagos de aquel territorio convidaban a los habitantes a los ejercicios de la caza y de la pesca más que a la agricultura y a la cría y ceba de ganados. Las mujeres eran respetadas entre ellos, y aprendían a trazar los caracteres rúnicos, actividad prohibida a los esclavos; alguna vez, poetisas (ellas) se aplicaban a escribir versos, a pintar frescos sobre las rocas de las cuevas y, también, a curar enfermos, a la medicina y a la cirugía, y a interpretar sueños, a vaticinar el porvenir, y a adivinar el carácter por las fisonomías, sin descuidar por ello las labores domésticas; de modo que hasta las reinas y señoras principales bordaban, cocían, lavaban,

cocinaban el pan y las verduras, las faldas de cordero y la cerveza, y, por añadidura, ponían la mesa en su santo lugar. Por eso, llevaban a la cintura el manojo de llaves, símbolo de la autoridad doméstica, y eran las verdaderas amas del hogar. Si dos personas de diferente sexo se encontraban en un viaje y por limitaciones de la época tenían que dormir en una misma cama, el hombre colocaba en medio de los dos su espada o su escudo y era suficiente para que nada pasara.

En ese pueblo, mandaban muchos reyes supremos (ober kongar) y muchísimos reyes tributarios (unter kongar); dependían de éstos los condes (yarls), los jefes de vasallos (herses), y en la guerra, los capitanes de hombres libres (boendes). Les reyes eran elegidos a voluntad entre ciertas familias descendientes de Odín, y los hijos segundones que quedaban sin dominio se dedicaban a la piratería, el cabotaje y la navegación pura y simple bajo el título de reyes del mar (soe kongar), o tomaban el mando de alguna estación marítima en las costas saqueadas (vikings). Absolutos reyes en sus tierras, los padres transmitían las propiedades a los primogénitos; pues en aquel medio avaro, no sometido por la medida y la equidad, era imposible fraccionar los terrenos, que necesitaban un cultivo en grande; los hermanos menores, como quedó dicho, arrojados del lar paterno, buscaban libertad, subsistencia y gloria en los mares, en el golfo de Finlandia, en el Mar del Norte, en el Báltico, en el del Norte, y más allá, por el Ponto Euxino y el propio Mediterráneo. Tales mares se conocían, entre ellos, con el nombre genérico de El camino de los cisnes, igual que con los de techo de la ballena, tierra de las velas, campo del viking, prado de las gaviotas, cadena de las islas o cualquier otra metáfora equivalente. No olvidemos que fueron ellos, los normandos, según Jorge Luis Borges, los inventores de esa figura literaria a la que, en su lengua, llamaban kenning, que en plural hace kenningar.

Uno de esos vikingos, segundones venidos a menos que para subsistir hubo de andar y desandar una y mil veces El camino de los cisnes, Eric Tnorvaldsson, llamado comúnmente Eric el Rojo, por el color granate de sus cabellos, navegó hacia el Oeste y llegó a una tierra completamente cubierta de hielo; la costó y encontró que su extremo sudoccidental no estaba helado del todo; nombró a ese país Greenland, país verde, para hacerlo más atractivo Groenlandia; en 985, esa tierra así descubierta acogía colonos de Islandia, y en 986, el propio Eric fundó una ciudad en el litoral del Sudoeste a la que llamó Erika. Años más tarde, iniciándose apenas el Segundo Milenario, otro vikingo, compatriota, colega y posiblemente hijo de Eric, Leif Ericsson, incursionó desde Groenlandia hacia el Oeste, y, navega-que-te-navega, rema-que-te-rema, llegó a un país al que llamó Vinland (tierra de viñedos), que tal vez sea la isla que hoy conocemos como Terranova. De esta manera, los europeos llegaron por primera vez al continente ameri-

cano, casi quinientos años antes que el Descubridor Colón. Si bien la presencia de los normandos no perduró mucho tiempo y tampoco atrajo la atención de los centros de civilización de la época; piensas, generalísimo, que fueron ellos los verdaderos descubridores del Continente, el cual, por lo tanto, debería llamarse Erikaria en estricta justicia. Erikaria, y no Colombeia, llamarás tu formidable Archivo en lo adelante.

Los Normandos son el pueblo que más figura en la historia después de los Helenos, a los cuales se asemejan por su índole aristocrática, sus monarquías templadas, su incesante deseo de acción, su orgullo indómito, su audacia, su afición innata al lujo que entre ellos precedió a la civilización en vez de ser su consecuencia, y también por su belleza y apostura físicas. Nadie más bello que un normando, generalísimo. Y cuando dices normando, te refieres por igual a los hombres y mujeres de esa raza, las hermosísimas walkirias. Más bellos que los propios Helenos. Más apuestos que los Francos y demás Germanos, por el aspecto de su cuerpo, por lo elevado de su estatura, por su hermoso semblante y noble porte, por la rubiedad resplandeciente de su pelo y la blancura sonrosada de su tez, por la longura de sus muslos, la delgadez de su cintura, la fortaleza de sus pectorales, y, en el caso de las mujeres, el volumen y desarrollo de sus tetámenes. ¡Nada más hermoso que las mamas desnudas de una normanda, generalísimo!, según la tradición, cargadas de leche nutricia todo el tiempo y no sólo durante la lactancia de los infantes, por lo que los varones adultos y hasta ancianos, solían mamar de ellas en cualquier circunstancia de tiempo y lugar.

A pesar, eran feroces sus costumbres; no en balde, inspiradas en la tremebunda, estrafularia, casi paranoica religión de Odín, padre de los estragos, salteador, incendiario. No estaban moderadas en ellos por el contacto con pueblos más cultos. Manchaban la religión con supersticiosas atrocidades, comían la carne cruda y bebían la sangre de sus enemigos para apoderarse de su valentía y arrojo, sacrificaban hombres, y, a modo de divertimento, practicaban una suerte de juego de pelota donde arrojábanse de unos a otros los niños, que recibían en la punta de sus lanzas. No exagera a este respecto la tan celebrada tira cómica de Chris Browne sobre Olafo y su familia. Cuando llegaban al término de sus días, mandaban a quemar todos sus bienes para que los hijos partiesen de cero y se obligaran a proporcionarse nuevas riquezas por la piratería y el saqueo. Cuando surcaban las olas se sentían acometidos con una especie de furor febril, y se colocaban en la proa, arrostrando los más horribles peligros. A los que hallábase en ese estado de paroxismo, se les llamaba bersekir (frenéticos). Furore bersekico si quis grossetur dice en uno de sus versos la Egilssaga o Saga de Egil. Bardur, rey de Ulfssdal, decía: "Nada espero de los ídolos; por mi parte he recorrido países, he encontrado gigan-

tes y espíritus, y nada han podido contra mí: de suerte que sólo en mis fuerzas tengo confianza". Un legislador quiso atemperar tales excesos de valentía y ordenó atacar al enemigo cuando no fuese más que uno, defenderse contra dos, no retirarse ante tres y hacerlo únicamente ante cuatro o más. Pero, ¿cómo morigerar un valor que desafiaba hasta a los seres sobrenaturales y que se reía de la muerte y de cualquier otro peligro? Imposible, generalísimo, piensa que todavía hay más, mucho más. Y si no, recuerde lo que cuenta

3. El Krakamal o Lodbrog's quida; una de las mayores epopeyas de la literatura escandinava

Cuando Lodbrog fue hecho prisionero por el sajón Ella, le arrojaron en un foso lleno de víboras, y allí entonces enloquecido canto de muerte: "Hemos combatido con nuestras espadas; joven aún, marché a Oriente para servir un sangriento banquete a los lobos, y en la pelea, envié a Odín todo el pueblo de la Eltinguia. Desde allí se hicieron nuestros bajeles con dirección a Ifa; nuestras lanzas horadaron las corazas, nuestras espadas rompieron los escudos.

Hemos combatido con nuestras espadas: el día en que vi a centenares de guerreros morder la arena del promontorio anglio, destilaban los hierros sangre; silbaban las flechas al pasar junto a los cascos; yo me sentía ebrio de placer, como si estuviese sentado al lado de una doncella llena de atractivos y bondades.

Hemos combatido con nuestras espadas: derribé al joven orgulloso con su hermosa cabellera, que seguía por las mañanas a las doncellas y se entretenía con las viudas. ¿Qué mejor suerte para el valiente que la de caer entre los valientes? El que no ha recibido nunca una herida arrastra días inútiles; opóngase el hombre al hombre y lidien.

Hemos combatido con nuestras espadas; y ahora no me queda duda de que el hombre es siervo del destino y de los decretos de las hadas. ¿Quién me había de decir que recibiría la muerte de ese Ella, cuando impelía las naves a lo lejos e invitaba a las fieras a semejante banquete? Pero no ceso de reír, porque sé que me está preparado un asiento en las salas de Odín; dentro de poco beberemos allí la cerveza en las copas hechas de los cráneos de nuestros enemigos.

Hemos combatido con nuestras espadas: si los hijos de Aslanga supiesen las convulsiones que experimento a causa de las mordeduras de las serpientes que rodean mi cuerpo, correrían bramando al combate, porque la madre que les di les ha suministrado corazones valerosos. ¡Ahí Una víbora penetra en el mío. Fui vencido; pero en breve la lanza de uno de mis hijos atravesará de parte a parte el corazón de Ella.

Hemos combatido con nuestras espadas en cincuenta batallas, y no sé de ningún rey, vivo o ya muerto, que

me aventaje o haya aventajado en la fama. Desde joven derramé sangre y deseé la muerte: las diosas que Odín me envió me invitan al banquete; en la morada celeste beberé la cerveza con los dioses; han pasado las horas de mi existencia, pero moriré muerto de risa".

Una nación de este carácter despreciaba igualmente las lanzas enemigas y el furor de las tempestades; campeones (kaemper) adictos a un jefe (half), debían combatir y morir con él, no ponerse al abrigo de la tormenta, ni vendarse las heridas sino después de haber cesado la batalla. Les seguían en sus expediciones las vírgenes de los escudos, excitando su valor con abrazos y besos iguales para todos. El rey del mar capitaneaba el bajel cuando surcaba las olas y las tropas en tierra; ordenaba y ejecutaba las maniobras de las velas y de los remos; arrojaba tres lanzas al tope del mastelero mayor y las recogía alternativamente sin errar ningún golpe; nunca había dormido bajo techado ni bebido dentro del hogar. Se le obedecía como al más valiente en el instante de peligro, y en la hora del banquete tomaba asiento en medio de todos, vaciándose en su derredor las grandes copas de astas de reno, donde pronto substituyó el vino del Rhin a las gordas cervezas. El recuerdo de los muchos que habían perecido bajo el rugir de las tempestades no los desanimaba y, por el contrario, en su honor, cantaban y brindaban: El furor de las tempestades ayuda al brazo de los remeros; el huracán está a nuestro servicio, acercándonos al fin de nuestro viaje, cantaban a coro como si en verdad fuesen ellos a la Gloria. Daban sepulturas a sus valientes en las playas sembradas de fiordos y riscos, como si el estruendo de las olas debiera serles más grato que el silencio murmurioso de los valles, y como si sus espectros, al levantarse, hubieran de experimentar alborozo viendo a los nietos, bisnietos y choznos de Odín, volver de largas y peligrosas expediciones.

Regularmente, el mar les suministraba lo que les negaba la tierra yerma o cultivada, y la pesca costanera insuficiente para remediar las frecuentes hambrunas. En la que se padeció en el Jutland, bajo la égida del kongar Snio, se adoptó el bárbaro partido de matar a los ancianos y a los niños; pero, habiéndose opuesto una madre con desesperada piedad, se cambió la atroz determinación por la más benigna de decidir por la suerte la escogencia de aquellos que serían expulsados del territorio. Este uso (común también a los Sabinos y los Germanos), a la postre fue convertido en ley, obligando a los hijos jóvenes, cada cinco años, a salir desterrados, excepto el primogénito. Quizás sean tales desterrados los que ya en tiempo de los Romanos infestaban las costas de la Galia Bélgica y de la Bretaña.

Así, generalísimo, embebido por la temeridad de esas expediciones de conquistas y por el agrado de otras múltiples lecturas sobre los antiguos vikingos, las de Mallet sobre *L'histoire de Danemark*, las de Coquerel sobre *L'histoire de Suede*, las de Graberg de Hemsö sobre

Los Escaldas, las de Rhus sobre *El Edda* con un detallado estudio sobre las costumbres de la Noruega y la Islandia, las de Edelestand Du Ménil sobre los *Prolégomenes de la poesie scandinave*, aquellas citas epopéicas plagadas de aliteraciones y perifrasis, el larguísimo fragmento de *Finnsburg* y la no menos larga Gesta de Beowulf, conocida ella como La Eneida germánica, las llamadas *Elegías anglosajona*, *La ruina*, *El vagabundo*, *El navegante*; la calidoscópica *Visión de Guillermo acerca de Pedro el Labrador*; el *Sir Gawain* y el *Caballero Verde*; los famosos *Cuentos de Canterbury* del cuasi mítico Geoffrey Chaucer; la *Biblia gótica*, la *Oda de Brunanburh*, la *Balada de Malden*, el *Lamento de Deor*, las 96 adivinanzas del *Códice de Exeter*, los *Physiologi* o *Bestiarios* medievales, los *Diálogos de Salomón y Saturno*, *El Cantar de Hildebrand*, *El Muspilli*, *El Libro de los Héroes*, *El Heliand*, y tantas otras joyas de las más antiguas literaturas anglosajona, germana y escandinava; todas, recogidas fragmentariamente en las *Chroniques* de monsieur michel, cumpla, ¡porfin!, tu

4. Llegada a Estocolmo

Bajo una bruma densísima y tras el paso de dos aduanas hartamente molestosas, la de Furusund, que es aún parte del mar, y la de Tull, donde te abrieron cofres, cajas de libros, sacos, y hasta los pliegues más íntimos del cuerpo, alcanzas, a punto de perder la paciencia por las resquias aduanales, la pequeña fortaleza de Oxdjupet que defiende el acceso a Estocolmo por agua de esta parte, y donde, poco más arriba te toca pasar una tercera aduana, aunque más civil y ligera que las anteriores.

Saliendo de la aduana última, bajo una lluvia a chuzos, vas directo a la casa del conde Andrei Cirilovitch Razumovsky, apenas dos años menor que tú, hijo del mariscal Cirilo Razumovsky, a quien conociste muy bellamente en Moscú; un caballero; un caballero, como tal nombrado por la emperatriz Catalina, Ministro de Rusia en Suecia, y a quien entregas la carta circular de tu amada protectora, transmitida a sus embajadores por intermedio del señor conde de Bezborodko:

"Él conde de Miranda, Coronel al servicio de Su Majestad Católica, habiendo llegado a Kiev durante la estancia de la Emperatriz, tuvo el honor de ser presentado a Su Majestad Imperial y de conciliarse, por sus méritos y cualidades distinguidos, y entre otros, por los conocimientos adquiridos durante sus viajes por los diferentes continentes del globo, la benevolencia de nuestra Augusta soberana.

Su Majestad Imperial, queriendo dar al señor de Miranda una muestra señalada de su estima y del interés particular que le profesa, ordena a V. E., cuando reciba la presente carta de mi parte, conceder a este oficial recibimiento conforme al caso que ella misma hace de su persona, restimoniándole todos los cuidados y atenciones posibles, dándole su asistencia y protección

cada vez que lo necesitare y cuando quiera él mismo recurrir, y finalmente, ofreciéndole, llegado el caso, su propia casa por asilo.

La Emperatriz recomendándole, Señor, este Coronel de una manera tan distinguida, ha querido demostrar hasta qué punto ella aprecia el mérito donde lo encuentra y que un título indefectible ante ella, para poder aspirar de preferencia a sus bondades y a su alta protección, es el de poseer tantos méritos como el Señor Conde de Miranda.

Tengo el honor de ser, etc.

P. S. Siendo voluntad de la Emperatriz que el contenido de esta carta quede en el secreto impenetrable, me apresuro, Señor, en comunicar a V. E. sus órdenes. Por ucase de Su Majestad Imperial. (Fdo). Firma ilegible."

Tan buen caso hizo el señor conde Razumovsky de la orden imperial que, ipso facto, te alojó en su residencia, y, de lo más complaciente, esa tarde y todos los días que siguieron, te condujo en persona a conocer los sitios de interés de la ciudad. Primero, la plaza del Norte, donde está una gran guardia y donde se monta la parada, con la casa nueva de la Opera al fondo, que es buena pieza de arquitectura y acaso la mejor de su especie en exteriores que se halle en toda Europa, y el llamado puente también del Norte, Casa de los Nobles, en cuyo frente está la estatua pedestre de Gustavo Vasa, hecha por el artista francés Larcheveque, nada del otro mundo, más bien trivial, sin gracia, sin elegancia, ni primor alguno en su hechura; una masa de bronce en que se ha formado la figura innoble de un paisano, por mejor decir. Y, un poco más allá, la llamada Casa de los Nobles. Y a su lado, la famosa casa del librero Fyrberg, donde adquiriste, entre otros magníficos títulos, el *Travels into Poland, Russia and Denmark* de William Coxe, y el *Memoires pour servir a la connaissance des affaires politiques et économiques du royaume de Suede jusqu'e a la fin de 1775* de Johan Georg Cantzler. Y de allí a la no menos famosa librería del señor Runemark, donde el Conde te obsequió mapas y planos de la ciudad, y, principalmente el cuadro llamado del "Halo Solar" ejecutado en 1535, y que es la vista más antigua de la ciudad de Estocolmo de la cual se tenga noticia.

Un encanto, un encanto el señor conde de Razumovsky. Gentilhombre de los mejores, alto, galante, bien parecido; con la simpatía a flor de piel; vestido a la última moda de Francia; de punto en blanco, como para ser incluido en el *Book of Peerage* inglés; de facciones atractivas, de extraordinaria prestancia y blasones dorados, conversador y dicharachero, ilustrado cual más, chispeante casi hasta la frontera con la insolencia, sabio en muchas materias y decidor de historias las más picarescas; siempre pavoneándose afectadamente, con sus trajes de corte impecable, sus sombreros a la última moda, sus bastones de puño de plata, sus corbatas de plástón...

Esa misma noche del día de tu llegada, cenando en

un muy aristocrático restaurant de la isla del Almirantazgo, te contó de las múltiples aventuras galantes que de ordinario corría en la gran ciudad, y te prometió, promesa suya es hecho cumplido, que te proporcionaría una novia o esposa para cada día. Y, palabra de conde no vuelve atrás, he aquí que te las proporcionó. Ciertamente, bellas, hermosísimas, unas mujeronas a pedir de boca, y, por añadidura, todas excelentes cocineras. Una para cada noche de los días de la semana, gracias a los favores de su presentación, mientras estuviste en Estocolmo, te mantuvieron hartos de comida y amor...

" Como quedó dicho, allí las tuviste, noche por noche.

5. Aya, para la noche de lo lunes

Dueña de tres senos panorámicos; tres senos, sí, aunque digan ustedes que se trata de una fantasía masculina más. Tres senos inmensos, blanquiazulados, con pezones brotadotes como flores de petunia. Tres señores senos, anatómicamente puestos ahí, sin molestarse uno a los otros. Y lactantes, los tres. Entre coito y coito (en el pre-coitum, en el coitum propiamente dicho, y en el post-coitum, también) mamabas-y-mamabas, chupabas-y-chupabas, leche materna de la mejor calidad, dulcísima dada su cantidad de la bisacárida lactosa, rica (además) en grasas, proteínas varias, agua y sales inorgánicas tan necesarias como el calcio, el potasio, el sodio, el magnesio, el fósforo, el hierro, el aluminio, el manganeso, y la sílice, amén de otras sustancias tan favorables al normal crecimiento de los niños como lecitina, colesteroína, creatinina, ùrea, dextrina, casi todas conocidas, hormonas diversas con preponderancia de tiroidea, enzimas y fermentos (entre ellos, una lipasa que escinde en el estómago del lactante las grasas de la leche ingerida, la amilasa, la proteasa y algunas más; todo eso y los anticuerpos consabidos. Con tales senos triples, mamando hasta la saciedad, colmabas la tetamanía propia de todo varón mamífero que se estime. No obstante, en las mañanas, de los martes, pese a estar apoplético, casi al borde del colapso, de tanto marrar-mamar-y-seguir-mamando, te servía un desayuno opíparo de pan, mermeladas, quesos, embutidos, vinos y nueces.

6. Para los martes, Vigga

Otra mujerona, ya no con tres pechos como la impar Aya, pero igualmente insigne porque reinaba cocinado. Te cocinaba la lengua con sus besos de fuego como los que daban su boca; te cocinaba cada uno de los músculos, con el contacto siempre ardiente de su

piel; te cocinaba el miembro, dentro del horno rojiasante de su vulva. A la mañana siguiente, solía reforcificarte con una sopa lacteada de pescado.

7. Los miércoles, Mestuina daba cuentas de ti

en las marismas de las desembocaduras de los grandes ríos, al pie de los hayedos de las lomas bálticas, detrás de las dunas fijas o movedizas siempre vecinas al mar. Al desayuno, invariablemente, te ofrecía un hervido de cabeza de merluza.

8. Dorotea, llamada de Montovia, te tocaba los jueves

Un fenómeno, todo un fenómeno. Así llamada porque nació en Montovia, un pueblo del Vístula. Gótico-flamígera, ella. Aunque venerada por el pueblo como santa; más bien bruja y súcubo de Satán. Como bruja y súcubo de Satán se comportaba cada vez que te poseía, lasciva, mandadora, desparnante y autosuficiente. Sigue, sigue, sigue, te ordenaba. Lámemme ahora. No me lamas más, chúpame los senos. Déjate meter mi dedo en tu culo, tu culito, mi culito, tu culito tuyo- mío, sí. Bersarte. Chúpame los pezones. No me los chupes más. ¡Basta! Lámemme la erica. Ahora, dame el beso negro. ¡Frótame el clitoris! ¡Clitorízame! Así era de directiva la señora Dorotea, toda la santa noche; las noches de todos los jueves, valdría decir. Las mañanas de viernes, te servía, solícita cual un ángel custodio bondadoso y no la páfida ordenadora de horas antes, pescados que hervían con nabos, puerros, cebolla, cebollines, cilantro, acederas y tusílagos.

9. Greta la Gorda, era tu mujer de los viernes, tan pronto mediocía la tarde

También se le conocía como madama Margareta Rusch. Un fenómeno, un fenómeno, tan gorda tan gorda como la Estrella que cantaba boleros en los tres tristes tigres de Cabrera Infante. Una morsa, un ocelote, una ballena de cincuenta brazas. Desplumaba tres decenas de gansos entre sus rodillas y terminaba flotando (ella) sobre un colchón de plumas. Era entonces, sobre ese bienhadado colchón, en la cocina misma, que tú la poseías como un desplumado ganso más. No obstante, al rato tu desplumadora cocinera, te devolvía los plumíferos apéndices, con menudillos de ganso, claro está, guisados (ellos) con setas de estación, puntas de espárragos tiernos, guisantes, aceitunas, alcaparras y pasas, ¡oh delicioso Valle de Lágrimas, ese que te tocaba con tu inefable Greta la Gorda!

10. Una señora llamada Amanda Woyke, fue la dueña de tus sábados

Inconmesurable ella, una caballota, una augustagermana. Más grande que la sueca Anita Eckberg, bañándose aquella noche de waipugis en la romana y fellinesca fontana de Trevi. Inmensa de verdad. Amándote, no obstante, con una delicadeza- de calandria amaestrada, cantando, gorgojeando al tiempo que te amaba. ¡Ah, qué dicha practicar le faire con una calandria al tiempo que ella gorgojea!. Y todo, para terminar sirviéndote en el desayuno una fuente de patatas sin piel y unas salchichas horribles con mostaza posme. Y otras no pocas veces, cuando estaba de buen humor, cabeza de ternera en vinagre de hierbas, tripas de cerdo con cantarelas, liebre a la pimienta en vino tinto y un montón más de variadísimas recetas de su propia invención.

11. Y los domingos, una loca singadora y cocinera de cinco tenedores

Hablachenta cual ninguna; dirigente política, líder sindical, doctora en Derecho, en Sociología y en Ciencias Económicas; a la que no le gustaba hacer el amor, sino hablando puro de cómo estimular a las masas, y de cómo producían en la Edad Media el mijo con el que se alimentaban los siervos de la gleba, o de como los hermanos Grimm recogieron la historia de El pescador y su mujer, y de cómo se había producido el alza del precio de la pimienta y de la nuez moscada. Sophie la Sábelo-todo o Sophie la Académica, llamada indistintamente, en los círculos especializados, y conocida en los bajos fondos también como Sofía la Insaciable; una pécora sabia, voluntariosa, excelente tiradora y, por contrapartida, una dulce amante del campo y sus delicias, bucólica, eglogática, eglolática, eglofática, siempre enterneciéndose a la vista de los familiares ríos y las sagradas-fuentes, y las abejas hibleas que liban en el florido sauce e invitan a la siesta con su blando zumbido. Al mediodía de los tales domingos, te llevaba a recoger setas por todos los bosques y tundras que rodean a Estocolmo. Como buena erudita, sabía los nombres de todas: la almi-laria, los agáricos, que en los suelos de agujas de pino suelen formar círculos mágicos: el prunulus, el proce-rus, el campestris. El robellón, que crece aislado, con su tallo impúdico y enhiesto como un falo en erección, o bandado como dicen los franceses. El Lactarius deli-ciosus. El Beletus escaber, y el Beletus edulis, y el Bele-tus granulatus. Y el hongo conocido como Cantarellus cibarius. Y el conocido como Tuber melanosporum. Y el conocido como Morechella esculenta. Y el conocido como Helvella, esculenta también. Y el conocido como Hydnum repandum. Y los venenosos, ¡cuidado, que son temiblisirnos! ¡que pueden hasta causar la muerte instan-tánea!. El patullardo. El llamado Boletus satanáas. El pachipus. El Calocera viscosa. El Cantharellus auran-

tiacus. Los faloides. El Russula emética y el Russula furcata. Y los muscarios, y los torminosos, y los lúridos. Y el peyote de los antiguos mexicas y pielesrojas, traído de América por los viajeros de Eric Thorvaldsson, que sue-len consumirse (ellos) para coger unas tronas atronado-ras. Y el Agaricus fascicularis, cuya ingestión provocó la muerte del papa León V, al mes de haber asumido su pontificado. Y el Scleroderma auriantiacum, que, igual causó la muerte del felonísimo Taxilón, señor feudal de la Baviera, que entró en desgracia con Carlomagno y fue condenado por éste a la decapitación en el campo de Mayo de Ingelheim, o no se precisa si en la plaza del Obispo de Eichstätt, pero cuyo suplicio mayor no llegó a ser ejecutado por cuanto, en el propio campo o en los setos de la propia plaza, según la versión que se adopte, el condenado se inmoló ingiriendo no se sabe cuál can-tidad de tóxicas esclerodermas. Aunque Sophie se había atiborrado de libros y tratados hasta adquirir una irre-versible miopía, las setas comestibles y venenosas las co-nocía y reconocía a primera vista.

12. Pero, mejor será, generalísimo, que no ostentes más de la cuenta con tus flamantes novias estocolmenses.

Mejor será. Cesa ya la enumeración de esos polvitos bien echados; vacilón, qué rico vacilón; cha-cha-cha, qué rico cha-cha-chá; pues corres el riesgo de que se te confunda con un satiriásico, caprípedo impenitente, siempre dispuesto a mover el culo, y moviéndolo de he-cho, las veinticuatro horas del día y de la noche. Recuer-da que tú en tu pródiga vida hiciste mucho más, y no sólo estar pendiente del foquifoquing como dicen tus amigos anglios o de las caprioles priapesques que dicen tus amigos parisinos. No, que no. En Estocolmo, por ejemplo, amén de recorrer la ciudad con tu amigo Ra-zurnovsky, y chapear hasta los límites más remotos de la credulidad humana con las nunca suficientemente bien ponderadas Aya la Tritetónica, y Vigga que reinaba cocinando, y la cuasi ubicua Mestuina, y la Gótico-flamígera Dorotea de Montovia, y a las otras bellas in-mensas walkirias descendientes de Odín que enume-raste hace poquito; también visitaste, pasillo por pasi-llo, entresuelo por entresuelo, sala por sala, aposento por aposento,

13. El Palacio Real.

Y admiraste, hasta decir nomás, los llamados apar-tamentos del Rey, dos pequeños cuartos más pequeños (sumados, ellos) que la anchilarga suite por ti ocupada en la casa-residencia de tu amigo Razumovsky; uno, ornado con un diván a la turca, dos mesitas de estilo impreciso atestadas de papeles, unos bonitos arabescos del artista francés Louis Masreliez y algunas copias de bustos antiguos; y en el otro, un tantín más cómodo, un

lecho con baldaquino, amén de un armario con libros de muy buena literatura que hacen presumir el buen gusto del monarca; entre otros: el *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, la *Anábasis* de Jenofonte, *Las metamorfosis* de Ovidio, la *Historia natural* de Plinio el Viejo, *Las siete princesas* de Nezámí (un poeta persa del siglo X), *El asno de oro* de Apuleyo, *El satiricón* de Petronio, las *Comedias* de Terencio y varios libros sobre el arte de la caza y la cría de halcones, entre otros muchos importantes como aquellos contentivos de las sátiras, libelos, y los *Diálogos de los muertos*, y los *Diálogos de los dioses* de Luciano de Samosata, donde el muy imaginativo poeta y sacerdote griego (del siglo II de nuestra era) viaja a la Luna, varias centurias antes que el formidable Ariosto y el no menos formidable Savinien de Cyrano, mejor conocido como Cyrano de Bergerac. Luego recuerdas que pasaste a la Bibliotheca propiamente dicha, con más de 30.000 volúmenes; entre otros los clásicos franceses que Luis XVI ordenó a Francisque Ambrose Didot, el célebre editor, para ser usados en la educación del Delfín, y cuyos libros, en vitello, gozan de merecida fama por el diseño de las páginas, la corrección de las manchas y el cuidado y belleza de los caracteres; ¡ah cosa más grande, señor!, ¡ah cosa más grande!; allí, en perfecta colocación, el chusco Rabelais, el gracioso cuan amable Amyot, el sesudo y austero Calvino, el inquisitivo ensayista Montaigne, el contemplativo Jean Bautiste Poquelin (mejor conocido por su seudónimo Moliere), el poético y pintoresco Pierre Corneille, el celeberrimo Ronsard, el inspirado Malherbe, el apasionado y ardiente Théophile (autor de la tragedia *Píramo y Tisbe*, el otrora dictador supremo de la dramaturgia francesa Alexander Hardy, el muy talentoso y hombre de gran corazón al decir de sus contemporáneos Blaise Pascal, el doctrinario y apoteósico Bossuet, el noble y prolífico fabulista La Fontaine, el perifrástico y rígido preceptista Boileau, el genial y apacible Racine, el La Bruyère de los Caracteres, el lírico y cafetnero Jean Bautiste Rousseau, el descriptivo y ameno Le Sage cuyo Gil Blas terminabas de leer unas serranas atrás, tu admirado (díscolo y profundo) Voltaire, tu nada querido Juan Jacobo (el otro Rousseau), el sabio Montesquieu de las *Cartas persas*, el omnicomprendivo y fogoso naturalista Buffon, el polifacético Denis Diderot, tu amigo el apologético y romántico René Chateaubriand, el jovencísimo y no obstante tempranamente célebre Lamartine, el orador sagrado y amable filósofo San Francisco de Sales, tu amigo y corresponsal permanente desde los días de Dresde el marqués de Mirabeau, tu también amigo y gran epistológrafo Pedro Agustín Carón (a) Beaumarchais, el ásperoy exotista Bernardino de Saint-Pierre, el inconstante abate Preevost (autor de *Manon Lescaut*, y tantos y tantos más. Una pléyade de grandes escritores, a no dudar... Y, pasada la Bibliotheca, la llamada "Galería", nada del otro mundo. Algunas estatuas notables, copias de modelos antiguos: las Nueve Musas, una Diana Cazadora, un Apolo Citereo

(como tal, vestido de mujer), y un Endimión dormido (de tamaño algo más que el natural); varios bustos de Sergel; algunas cuantas chinerías... La llamada Cámara del Consejo, donde el Rey despacha, con un excelente busto en bronce de Carlos XII y su retrato de cuando era niño... Preciosa criatura, por cierto, y arrogante joven... Los apartamentos de la reina, donde no se observa nada de particular, excepto una finísima espineta o clavicordio del siglo XVII y un hermoso guardarropa pintado de grandes proporciones; los del príncipe Federico, los del Duque de Sudermania; y el cuarto de billar, y la llamada Sala de los Estados, donde se convoca la Dieta Nacional, sin dejar de citar la Capilla de la Corte, que es pasable y nada más. Y, al día siguiente,

14. El Arsenal, que está en el Palacio de Fredrikshov

Recuerdas que esa visita la hace en la ilustrada compañía del Barón de Rosencrantz, Encargado de Negocios y nombrado Ministro de Suecia en Polonia, que parece mozo instruido y agradable; del Barón de Stacklberg, Consejero de la Embajada de Rusia, también hombre amable, y del señor Vukassovitch, el acompañante y secretario permanente amabilísimísimo, que Razumovsky te había asignado mientras durara tu estancia en el país. Primero, dos grandes salas llenas completamente de estandartes, enseñas, pendones, flámulas, banderas, banderines, bandericas, gallardetes, bandas distintivas, gonfalones, grímpolas, insignias, borduras y blasones más que en ninguna otra exhibición del mundo seguramente; cinco a seis mil piezas a golpe de ojo. En otra sala, inmediata siguiente, cosas de carrusel y frivolidades, y por contraste, el vestido militar de Carlos XII, cuando fue muerto al anochecer del 30 de noviembre de 1718, cuando sitiaba la fortaleza noruega de Fredriksten reliquias las cuales no pueden menos que mirarse con respeto y aún con veneración por pertenecer (como, pertenecieron) a tan extraordinario personaje. Ellas constan en un vestido de paño azul, chupa y calzones del mismo color, de ante, capa también de caño azul, corbata negra de gasa, sombrero de castor muy fino y grande, camisa de lienzo, unos guantes de piel de cervatillo, nuevos y casi sin uso, un cinturón de ante común y sus botas de medio uso. Infieres sin mucho esfuerzo de tu parte, que el Rey fue efectivamente asesinado por sus propios adláteres, y que la sangre que se ve en el guante de la mano derecha y en el cinturón, cerca del puño de la espada, cayó de la herida de la sien izquierda cuando el Rey sacaba su arma para ponerse en defensa. En otra sala se ve, igual, la chupa de ante - o chaueta - de Gustavo Adolfo, con la perforación del balazo en el hombro que mató a este bravo Rey en la batalla de Lützen (Alemania) el 16 de febrero de 1632, en la cual (no obstante) sus tropas quedaron victoriosas sobre el ejército imperial. En otra sala

aún, algo muy (pero muy) curioso: el esqueleto de un caballo marino, animal que nunca habías visto en museo alguno, y que al parecer vino del lago Malar y fue cogido o pescado cerca de la aduana de Blockus. Otras muchas rarezas encontraste en el mentado arsenal, pero mejor parar la cuenta por no caer en el catálogo.

15. *Desayunos, almuerzos, cenas, y ambigües privados con los representantes del Cuerpo Diplomático*

Y, aunque no exageraras la nota para evitar nuevos tropezones con los ministros de España y Francia, también participaste en decenas de encuentros, comidas íntimas y festejos privados con los excelentísimos representantes de potencias extranjeras ante la Corte sueca. El señor Conde Stodien, Ministro de Viena. Tu amigo y anfitrión, Conde Razumovsky, Ministro de Rusia, en cuya residencia te alojabas. El Caballero de Wroughton, Ministro de Inglaterra y el Señor Keene, su Primer Secretario. El Conde Reventlcw, Ministro de Dinamarca. El Conde de Lepsel, Ministro de Prusia. El honorable señor Gutermann, Encargado de Negocios de la Sajonia. El señor Barón van der Brouk, Ministro de Holanda. Y el muy Reverendo Abate Oster, Vicario Apostólico de la Santa Sede, cuyas funciones se limitan únicamente al ejercicio y a la administración de la religión Católica, Apostólica y Romana. Con todos, trabas-te amplia, sincera y cordial amistad. Jugaban cartas y billar. Cabalgaban por los alrededores de la Ciudad. Asistían al Sauna. Pero, he aquí, generalísimo, que también fuiste

16. *A Uppsala*

Y admiraste su posición por demás estratégica sobre el río Fyrisä, el famoso río Sala de los primeros tiempos normandos. Y las bellísimas perspectivas de sus lagos, estrechos, fértiles llanuras, amplias terrazas de acumulaciones morrénicas que los ríos salvan formando pequeños saltos y cataratas. Y te informaste sobre su pujante economía, sus industrias madereras, químicas, siderúrgicas, hidráulicas y mecánicas. Y te detuviste en cada uno de sus monumentos importantes: la Academia y su fabulosa Biblioteca contentiva, entre otras maravillas, del Codex Argenteus (impreso en caracteres de plata o plateados) con los cuatro evangelios transcritos en el siglo IV por el obispo visogodo Ulfilas, primer vestigio conocido de las lenguas germánicas; el Edda o Introducción a la poesía de Islandia, por Sturlusson, soberbio manuscrito; el primer incunable impreso en Suecia, por Snell, en 1433; el Diario del rey Enrico XIV, buena parte suya escrita en latín; el manuscrito de *Los Elementos de Euclides*, en árabe; el *Alcorán*, manuscrito; una Biblia, con una adjunta del puño y letra de Lutero y otra original de Philipp Swarzerd Melanchthon; un libro de hojas de palma en lengua malabar. Y la catedral del siglo XIII, con los sepulcros de Gustavo Vasa y otros importantes personajes, y en el altar

mayor, el sepulcro de Enrico el Santo, Patrón de Suecia, que cristianó el norte del país y trató de convertir a los finlandeses, fue muerto en la propia Uppsala por los daneses cuando oficiaba la misa. Y, en la sacristía, el archifamoso Tesoro de la catedral: el cáliz de oro de Praga, un dios Thor en madera de leño, báculos, mitras, custodias, y los llamados "regalos" (más bien, signos afrentosos) intercambiados entre el rey de Suecia Alberto de Mecklemburgo y Margarita de Dinamarca, hija del rey danés Waldemar IV y esposa del rey de Noruega Haakon VI, antes de que ella derrocará a Alberto y proclamara la unión de los tres países escandinavos bajo un solo cetro en 1397, y la cual unión (llamada Unión de Kalmar) se mantuvo hasta el 1523. También fuiste, generalísimo, al cabo de esa travesía uppsaliana, a

17. *Mora Stenar o Piedra de Mora*

Un campo a una escasa milla de la ciudad, rodeado de colinas, y donde se celebraba siglos atrás, la elección de los reyes normandos. Diez piedras hay allí, vestigios de los antiguos tronos del Rey Electo y sus Electores. Cerca hay una iglesita luterana que llaman de Dinamarca, porque allí fueron derrotados los daneses por los suecos en tiempo del Rey Santo Erico IX.

18. *Y a las minas de hierro de Dannemora*

Un emporio de riquezas, situadas casi a orillas de un lago. No te conformaste con llegar hasta la boca de una de las minas que es muy ancha y profundísima. E insististe para bajar al socavón acompañado solo por un minero. Y, ya en el fondo, 300 anas o 600 pies aproximadamente por debajo de la superficie; un abismo imposible de bajar para un neófito; tras horribles sensaciones de fobia al descenso, temores y angustias por suerte poco duraderos, te entretuviste viendo de cerca a los 400 cíclopes y titanes que de allí sacan por año 40.000 lass ce finísimo mineral. Y la grúa que mueve el agua de la mina, extendiéndose por una comunicación de madera a la distancia de 4.600 anas de su embocadura; un aparato indescriptible; soberbias máquinas hidráulicas. Y, poco, más allá, las fraguas que pertenecen a la Casa de Peill & Grill, comerciantes de Estocolmo; deteniéndote tú, con curiosidad de escolar bien aplicado, en cada hecho de la progresión operativa, hecho por hecho, hasta que el hierro se convierte en barras y en acero, según la describe Cantzler, a tu vista de manera bastante exacta; descripción, que tú te abstienes de repetir para no fatigar tu ya maltrecha memoria. Con seguridad, el mejor hierro que has visto en tu vida. Por tan curioso, te quemaste los dedos. Y, media hora más tarde, llegaron a

19. La otra Uppsala, llamada la Vieja

La antigua capital del Condado, donde está el anti-quísimo templo que se dice de Odín, una mezcla vario-pinta de estilos diversos, de la que sólo una tercera par-te es ciertamente antigua, aunque todo el conjunto no deja de ser una curiosidad digna de verse. En la iglesia está la lápida del sepulcro de Erico XIV. En las inme-diaciones tres grandes Moguilas que eran los sepulcros de les primitivos soberanos. Y cerca, unas colinas que se dice son el paraje donde Gastavo Vasa juntaba las Asambleas del Pueblo. Allí, pasaron también por el ga-binete del eminente profesor Thumberg, el alumno más destacado del entonces todavía vivo naturalista Cari von Linneo, y que ha viajado por el Japón y el Lejano Oriente, de cuyos viajes compiló una Flora Japónica, dedicada a su maestro y mentor. Por causa de una llu-via intensa no pudieron proseguir la travesía, y tuvie-ron que pernoctar en las instalaciones del Gabinete. En el lugar, entre otras personas de la servidumbre, les atendió una linda jovencita de quince años, que con sonrisas y muchas ganas de agradar, pedía alguna gra-tificación. La llamaste a tu cuarto, le agarraste el culo, las tetas, las entrepiernas; le diste no sabes cuántos be-sos en los labios, y lamidas y suaves mordiscones por los párpados, mejillas, nuca y cuello, y a no ser por res-peto al profesor Thumberg y la gente de la casa, feliz te la hubieses chapeado. Finalmente le regalaste 15 ko-peks, unos 5 chelines poco más o menos. Agradecida te quedó, parecía de lo más inocente. Y de allí,

20. A Sala, Avesta y Falún, para visitar las minas de plomo, plata, azufre, cobre, oro, y otras varias

Tras breve parada en Kölva, y otra en Brunsatra, y otra en Harvsta, finalmente arriban a Sala. Contratan muy buena posada y la posadera les sirvió con mucha atención, esmero y aseo, todo por precios bastante ac-cesibles. Tu secretario, el señor Vukassovitch, lleva las cartas que traen para el Director Von Stockonstróm, el preceptor Netzel, el señor Andró Phil, Intendente de la Fundición, y el señor Swedenstierna, del Colegio de Minas, que al unísono vinieron para partir a la mina llamada de Salberg, casi inmediatamente. Al poco ya estaban a su entrada. Como en Dannemora, bajaron en un tonel, de a tres o cuatro personas por vez. De nuevo, el culilludo señor Vukassovitcn opuso resistencia para bajar a la profundidad subterránea. Al final, cagado, se decidió. Se calzaron el vestido de minero y con la fajina en la mano marcharon por diferentes galerías que tie-nen el aire de suntuosas bóvedas, especies de cuevas de Alí Baba, atravesadas de izquierda a derecha y de dere-cha a izquierda, por máquinas que mueven diferentes bombas para sacar el agua, llevándola una hasta la mi-tad de la altura -50 toesas- otra, 20 más, y la última, 80

toesas. Al detalle, vieron como trabajaban la mina, ora con barrenas de pólvora, ora aplicando fuego a la pie-dra que después salta hecha escamas con facilidad. No-taron una galería que cayó y una vena de piedra de to-que que corre por largo espacio. Subieron, luego, de la misma manera que bajaron, y tú, generalísimo, teme-rario como un impúber, al borde mismo del tonel. Tu compañero-secretario, cagado del miedo, casi diarréico o diarréico del todo, haciéndote advertencias y tirándo-te de la manga. Esta mina fue descubierta ha casi 3 si-glos; en tiempos de Maricastaña, producía hasta 35.000 libras de mineral por año. Ahora, sólo de 2 a 3.000 li-bras. Después, alcanzaron la fundición, un octavo de milla más allá. Vieron pilar la piedra, conforme llega de la mina. Luego se le lava una, dos, y tres veces. Más tar-de, se calcina para extraer el azufre. Inmediatamente, se funde. Y por último, de esta masa se separa el plomo de la plata, y, al final, se refina. Todo por los procederes químicos que bien detalla Cantzler. El número de obre-ros empleados, tanto en la explotación como en la fun-dición es de 450 y los salarios van desde uno y medio riksdaler hasta 5 que ganan los técnicos y obreros más capacitados.

21. De regreso a Estocolmo

Habiendo terminado tu tour minero o mineralogís-tico; después de visitar todos los yacimientos, placeres y almacenes de la Suecia Central, sus ya nombradas minas de hierro de Dannemora y Avesta, y las muchas que están cerca de Norberg, y la de Bispbergs Grufwa, cerca de Sater; las de cobre en Sala; las de plomo en Gal-penberg; las de zinc en Falún; algunos veneros de oro de mediana cuantía, con sus correspondientes arrugias en Adelfors; otros tantos de plata; las azufreras, las alumbreras, las barateras, y todas las menas metálicas que están intensamente regadas a lo largo y ancho de la región; hecho un experto, tú, en la industria metalúr-gica de esos diferentes elementos; cómo hacer en las fra-guas de cobre para purificar el mineral llegado de la mina, refinándolo y llevándolo a planchas y hojas del irás fino espesor, pasándolo por cilindros al modo co-mo se hace en Inglaterra; cómo sobre esas hojas se acu-ñan monedas a golpe de un mazo de mano; cómo obte-ner el llamado cobre negro; cómo separar el plomo de la galena; cómo reducir el zinc en las llanadas calaminas; cómo extraer el hierro de una masa de cristal de mag-netita o de un trozo de pirita magnética; cómo formar con el agua que sacan de la mina, el ocre rojo, y el vi-triolo de hierro que es azul, y el vitriolo de cobre que es verde... Todo lo visto y aprendido lo vas desgranando en el recuerdo, al tiempo que la calesa, tirada por exce-lentes caballos, avanza sobre caminos de óptima factu-ra y extrema conservación, a lo largo de una llanura profusamente cultivada con campos de labranzas, huertas, chinampas y jardines. Un aker (en sueco) aquí,

otro más allá. Campos de cereales, trigo, avena, cebada, mijo, estaba, alforfón o trigo negro, y centeno; campos de patatas; campos de remolacha azucarera, campos de plantas florales. Y más allá, los bosques de pinos y abetos, principal riqueza económica del país, ocupantes de más de la mitad del territorio, y de donde se deriva una pujante industria maderera cada vez más expandida y la cual se pone de manifiesto en un sinfín de aserraderos y establecimientos fabriles para la producción de celulosa, pasta de madera y papel, cerillas, madera contrachapeada, muebles y casas de maderas prefabricados...

Miramirando, generalísimo, tantas riquezas naturales y adelantos técnicos, te sientes una suerte de Prometeo con ganas de robarle el fuego al dios-padre Zeus... Avanzas, avanzas, sigues avanzando, siempre entre prados fecundos cultivados hasta el último milímetro de tierra; entre minas y bocaminas puestas unas al lado de las otras; entre bosques feraces prestos a la explotación y a la manufactura inmediatas; para descubrir, con ojos atónitos, trecho tras trecho, los adelantos hidroeléctricos de este formidable país, uno y otro y otro dique, las grandes esclusas; la energía hidráulica (agua, viento y sol) al alcance de la mano, sustitutiva ella de la que antes (durante milenios) se empleaba gracias a los molinos primitivos de cereales, papel, pólvora, fraguas, aserraderos y batanes. Ahora, justo, vas pasando frente a las formidables esclusas de Semla, pertenecientes al nuevo canal de Strömsholm. Son indescriptibles, cortadas en la roca viva, con compuertas de 22 pies de altura, mayores que ninguna otra, según crees. Y al frente suyo, otras dos puertas de la misma altura; todo para evitar una catarata que aquí forma el río. La altura perpendicular de esta esclusa sobre la superficie del lago Barken -que, por este medio se une al lago Mälaren es de 328 pies. ¡Una maravilla! ¡Una auténtica maravilla!

De verdad que te provoca ser Prometeo para robarte de nuevo el sagrado fuego de los dioses. ¿Como trasladar estos adelantos tecnológicos a tus desamparadas colonias españolas de América? Piensas en ellas. Piensas en sus ingentes riquezas naturales, muchos mayores que las de la bien dotada Suecia, en minusvalía por la no tenencia de combustibles fósiles. Piensas en las selvas amazónicas y orinoquenses. Piensas en la fuerza hidroeléctrica de nuestros grandes ríos. Piensas en nuestros suelos baldíos aptos para los más diferentes cultivos. Y piensas en las riquezas del subsuelo, inclui-

das las de los dichos combustibles fósiles. Olvidándote del cerro del Potosí cuyas fanegadas de plata fueron galeonadas por los depredadores de España; olvidándote de las agotadas perlas de Coche y Cubagua; no acordándote para nada del oro del Caroní en Venezuela, y del de Nechix, Cauca y San Juan en la Nueva Granada, y del de Morro Velho en el Paraná del Brasil; piensas en las minas de plata de asco, Morococha y San Juan de Perú; y en los yacimientos de platino de Río Pinto en la misma Nueva Granada; y en los yacimientos de mercurio de Guerrero y Durango en México; y en los yacimientos de diamantes del Alto Araguasú, Diamantina y Río de Carcas, en el Brasil; y en el azufre puro del volcán en Tacora de Chile; y en los yacimientos de guanos que proliferan en Lobos ce Tierra, y en Lobos de Afuera, y en Guañape, y en Islas Chinchas de Perú, y en Mejillones e Iquitos de Chile; y en las minas de estaño del Alto Perú; y en las serranías completas de hierro que hay en la Guayana venezolana; y en las minas de cobre de Chuquicamata que están en Chile, al par que los mayores reservorios de salitre o nitratos naturales que están en los desiertos de Tarapacá y Antofagasta. Y el yodo, de Chile también. Y las esmeraldas del Muco, en Colombia, y el plomo y el carbón de los Andes ecuatorianos. ¡Cuántas minas, generalísimo, cuántas minas!. ¡Nada más que decir! ¡Obligado estás a robarte, cual nuevo Prometeo, el fuego de los dioses! Tienes que aprender en Suecia, para trasladarla a tu América, la unificación posible entre la función de la fecundidad y la función del trabajo. La fecundidad y el trabajo, si se quiere, son dos funciones opuestas y complementarias. La condición humana, igual la de un sueco que la de un americano meridional, se caracteriza precisamente por ese aspecto doble y ambivalente. Toda ventaja tiene su contrapartida, todo bien su mal antonómico. La riqueza es la fecundidad, detesta la pobreza y no se acomoda sino a la abundancia; no obstante, como el zángano de la colmena, fomenta la molicie y la ociosidad, es dada a la dilapidación y poco hace por aumentar su patrimonio. Sólo el trabajo instituye nuevas relaciones entre el hombre y los dioses. Sólo los que trabajan son bienamados por los inmortales del Olimpo. Es este quizás, generalísimo, el mayor de los aprendizajes de cuantos has obtenido en tu viaje sueco: tienes que robarte el divino fuego del trabajo y sembrarlo en tu Incanato; ¡tú, el mayor de los Incas!; ¡tú, un nuevo Prometeo!